

Tal vez lograr un novio portero tuviera efectos más largos. Aunque bien podía ser que a la pobre reportera le trajera más inconvenientes que glorias. O no, algunas chicas, además de guapas, son inteligentes y listas.

Veinticuatro horas. Para empezar, los planes de esa tarde, la cena con velas y todos mis sueños, ¡a la mierda! Me senté en mi mesa; llamaría a Ángel después, para evitar las antenas de Manolo y de los demás. Para calmar un conato de pánico, decidí ir al servicio y llamar por el móvil.

Antes de llegar, el ahora muy útil aparatito, comenzó a sonar.

—Sí —contesté sin mirar quién llamaba.

—Hola, cariño...

—Espera...

Me lancé a una carrera por el pasillo para poder hablar con cierta intimidad en los servicios. Comprobé que no había nadie antes de seguir hablando.

—Ya, dime.

—¿Qué haces? No me digas que te escondes para hablar conmigo.

—No te imaginas los buitres que me rodean.

—Así que somos clandestinos... Humm, suena bien...

—No seas pavo. ¿Qué querías? —Mejor esperar para contarle que no habría cena.

—¿Te importa que retrasemos la cena? —respiré aliviada—. Verás, tengo un asunto urgente...

—Espero que interesante, por menos no se cancela una cena conmigo.

—Han desaparecido dos chicos de un albergue para inmigrantes, catorce y dieciséis años. Venían de Senegal y, por lo visto, se habla de rapto...

—¿Rapto? Pues ya me dirás a quién piden rescate.

—Puede haber más razones, cariño. Estos dos eran dos preciosidades, ya sabes, bombones en negro, dulces, con cierto aire de tragedia en la mirada y sin un euro, o sea, dispuestos a cualquier cosa por mandar dinero a casa...

—Te estás refiriendo a redes de prostitución infantil...

Por alguna extraña conexión cerebral pensé en todos los compañeros que, cumplidos los cincuenta,

buscaban ligues con la edad de sus hijas. Sentí una arcada.

—No sería tan raro. ¿Sabes? Me encantaría tenerte a mi lado en este reportaje.

—¡Y a mí! Si supieras lo que me acaban de encargar, llorarías.

—¿Tan cutre?

—Peor, pero ya te contaré... ¿Cuándo nos vemos? —Eso sí que era urgente.

—Te llamo yo. Quiero pasar por el albergue, ganarme la confianza de la asistente social, y, sobre todo, de alguno de sus compañeros. Eso puede llevarme tiempo.

—¿Te la vas a ligar? —No pude reprimir un conato de celos, me mordí el labio: nada más insufrible que una tía celosa.

—Seguro que es un cardo de señora, con bigote, solterona y un rollo.

Ángel soltó una carcajada. Me miré en el espejo del baño para convencerme de que yo estaba bastante buena; además, él no era uno de esos imbéciles capaces de perder el norte por cualquier trasero. ¡Tenía que madurar y ganarme alguna segu-

ridad! Pero me aterraba la idea de compararme con otras. El viejo complejo de las gallinas peleando por el gallo del corral, afloraba en el momento más inoportuno.

—Sea como sea, Camila, me gustas demasiado, por fuera y por dentro... ¡Te quiero!

—Yo también. Llama cuando puedas.

Colgué con una sonrisa de mema en la cara y el teléfono contra el pecho como si fuera un relicario. Aquello no era un «te amo», pero servía para empezar.

—¿Brad Pitt?

—¡Joder, Petra, a ver si avisas!

Traté de recomponerme, no es que Petra, una buena fotógrafa y compañera de fiar, saliera a contarle a los cuatro vientos, pero tampoco me gustaba que me descubrieran con pinta de adolescente en fase de memez.

—Me pondré campanillas para entrar en los lavabos de señoras, ¿te vale?

—Perdona bonita, es que me acaba de pasar un buen marrón R. A. ¡Tengo veinticuatro horas para averiguar algo sobre la huida de Juanito!